



INGLATERRA Y SU CORTEJO

Irlanda es el buitre que devora el cuerpo del Prometeo británico.

CAPÍTULO V

SITUACIÓN ÚNICA DE LA GRAN BRETAÑA. — ORGULLO NACIONAL.
GUERRA DE LOS BOERS. — DISMINUCIÓN RELATIVA DE LOS RECURSOS
INDUSTRIALES. — IGNORANCIA SISTEMÁTICA.

CONSERVATISMO RELIGIOSO. — SUPERVIVENCIAS DIVERSAS.
REINO UNIDO. — BRETAÑA MAYOR: CANADÁ, EL CABO Y AUSTRALASIA.
COLONIAS DE EXPLOTACIÓN. — FIDJI, POSESIONES DE ÁFRICA, EGIPTO,
ETIOPÍA. — INDIA INGLESA. — TIBET, INDO-CHINA É INDONESIA.

LOS Ingleses, constituídos en Estado, se hallan actualmente en una situación que no ha tenido semejante en el mundo, porque nunca la población de una parte tan pequeña de la superficie terrestre ha tenido en sus manos los destinos de tan gran número de hombres repartidos sobre toda la circunferencia del globo. Cada movimiento de las islas Británicas, que la pequeña Inglaterra simboliza, tiene su repercusión en el mundo entero. La

vida de la nación se halla así doblada y determina una política contradictoria bajo ciertos aspectos, puesto que se trata al mismo tiempo de defender la insularidad feroz de la patria y de sostener relaciones cada vez más activas con las colonias, asegurándose de los medios de conquista y de dominación sobre tributarios diseminados en todas las partes de la Tierra. El Inglés patriota debe repetir con toda convicción la palabra del Romano: «¡Acuérdate que has nacido para mandar á los pueblos!»

Es interesante ver la tranquila majestad con que los Ingleses, penetrados de su misión providencial, habían llegado á hablar de la infinita superioridad de su tarea, comparada con la de las otras naciones; sin embargo, preciso es decirlo, su lenguaje se moderó un poco durante la guerra del Transvaal, que tuvo por consecuencia demostrar á Inglaterra la insuficiencia de su instrumental militar relativamente á la grandeza de sus ambiciones. Pero aquellos tres años de lucha sólo representaron una pausa, y la Gran Bretaña, volviendo á su confianza, comienza de nuevo á decirse predestinada á la hegemonía del mundo: «Á los que creen que el imperio inglés es, después de la Providencia, el mayor instrumento del bien... se dedica este libro». Tal es la dedicatoria de la obra de un ex-*virrey* de las Indias. Asimismo, el famoso Cecil Rhodes, que ganó como jugando centenas de millones, dedicados por el mismo en su testamento al aumento de la influencia británica, sienta como principio absoluto, como punto de partida de su conducta: «Reconozco como un hecho que somos la primera raza del mundo, y que cuanto más espacio ocupemos más se beneficiará la humanidad».

Animada por el mismo espíritu, se fundó una sociedad de profesores, periodistas, diplomáticos y banqueros patriotas para constituir una orden sobre el modelo de la Compañía de Jesús, con el exclusivo objeto de aumentar la fuerza y el prestigio de la Gran Bretaña, como los Jesuitas se esforzaban en trabajar en el dominio de la Iglesia: se trataba de reconstruir la «Ciudad de Dios» en beneficio de los Ingleses, sus elegidos. Evidentemente, las colonias de lengua inglesa, Alto Canadá, el Cabo y Australasia formaban parte de la gran confederación proyectada; pero, además, la rama más poderosa de lo que tan falsamente se llama raza «anglo-sajo-

na», la república de los Estados Unidos, debía entrar en la liga panbritánica, puesto que los ciudadanos que la componen hablan también la lengua inglesa. No obstante, una cuestión espinosísima surgió inmediatamente ante los ligeros: «¿A quién pertenece la hegemonía en la toma de posesión del mundo, á los Ingleses ó á los Americanos?» Indudablemente hubiera sido preferible que la antigua monarquía, ilustre durante tantos siglos, conservase la preeminencia y la dirección de los negocios, pero había de preverse que la joven nación de ultra-Atlántico, embriagada de orgullo, consciente de su irresistible potencia, no cedería á ningún precio el primer rango y había de querer sobreponerse hasta sobre su venerable abuela insular británica. Siendo esto así, el amor de la unidad anglo-sajona debiera dominar sobre toda cuestión de sentimiento, y por la misma exaltación de su patriotismo, los patriotas conjurados aceptaban de antemano que Inglaterra quedara reducida á una acción puramente provincial¹.

La liga de la «Más grande Bretaña» se dividía, sin embargo, en dos grupos distintos, cuya desunión debía producirse fatalmente en cuanto se hallaran envueltos en los acontecimientos. Los unos, la flor del pensamiento inglés, no veían en la presunta superioridad de la raza más que un aumento de sus deberes y de su responsabilidad: tenían por objeto elevar á los otros hombres á su altura moral y asegurar los progresos de toda especie en la inmensa alegría de la paz y de la libertad británica. Los otros, los *jingoes*, querían la anglicanización por la conquista y la servidumbre. Creyéndose los más fuertes, no se imponían más misión que emplear esa fuerza, y en caso necesario su astucia y su ferocidad, en la extensión de la potencia inglesa. El *raid* de Jameson, esa incursión hecha en plena paz en el territorio del Transvaal por una tropa armada (29 Diciembre 1895 — 2 Enero 1896), fué el motivo del profundo desacuerdo que se produjo inmediatamente en la gran iglesia del imperialismo. El gobierno oculto de la hegemonía mundial en pro de Inglaterra se halló roto, pero se reconstituirá probablemente bajo otras formas, porque el espíritu que le dió vida subsiste en toda

¹ W. T. Stead, *Autour du Testament de Cecil Rhodes*, «La Revue», 15 Mayo 1902.

su ingenua intensidad. Causa admiración encontrar en cierta ciudad de Inglaterra ¹ un edificio destinado á una biblioteca escogida que recibe para uso del público más de un centenar de periódicos y revistas de la Gran Bretaña y de las colonias, entre los cuales no se desliza una sola hoja, ni un solo documento que recuerde á los lectores la existencia de otro país que no sea Albión, de otro pueblo que no sea el pueblo inglés. En ese montón de literatura exclusivamente británica, no hay sitio para un periódico francés, alemán, italiano.

La confianza en sí, el bello aspecto de una vida sana y feliz, son ciertamente grandes ventajas que pueden conducir al cumplimiento de grandes acciones, pero ¿pero no está de más la adoración personal, y no han de ser fatales sus consecuencias cuando á esa misma adoración se añade frecuentemente una crasa ignorancia? La insularidad de Inglaterra se halla en el gran desdén que manifiestan los hombres de Estado y los administradores respecto á todo lo que especialmente interesa á las naciones extranjeras ²; en su alto orgullo el pueblo inglés puede ignorar los demás pueblos y aun considerar como un mérito no descender hasta ellos. Es probablemente en Inglaterra donde el patriotismo toma su forma más delirante y más aguda, porque el insular, frío y grave en apariencia y cuidando de contenerse, tiene momentos de verdadero desenfreno. En Inglaterra, después de la victoria de Paardeberg (27 Febrero 1900), tan largo tiempo esperada, y sobre todo después de la liberación de Mafeking (17 Mayo 1900), se vió á los *gentlemen* de la Bolsa y de los bancos arremeter unos contra otros, locos de alegría, y desgarrarse y aplastarse mutuamente los vestidos y los sombreros, y en Oxford á los estudiantes encender hogueras donde echaban los muebles y hasta los libros ³.

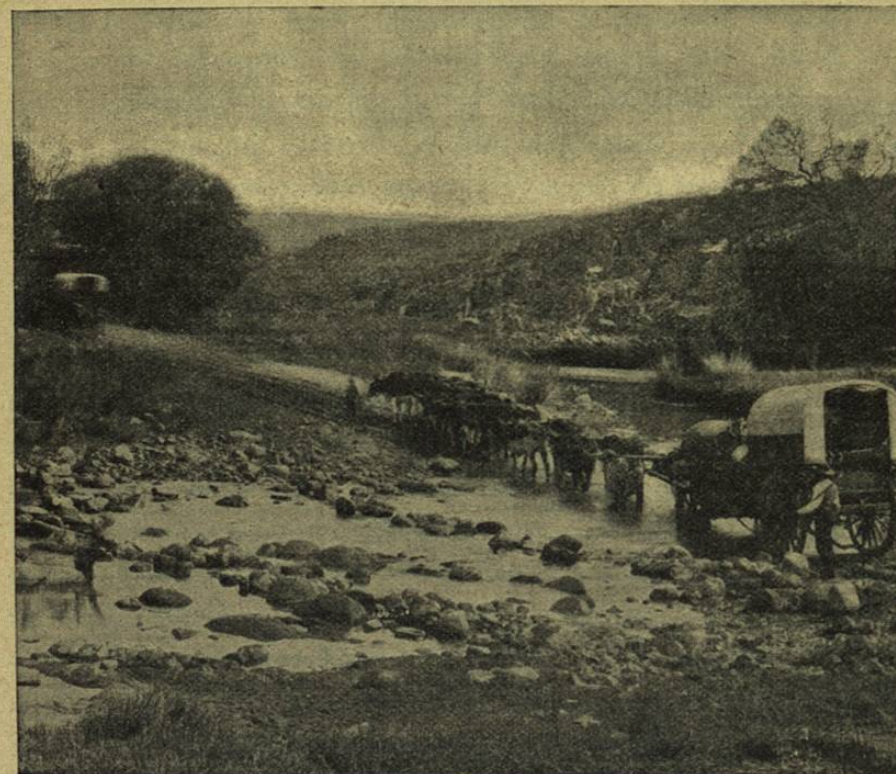
Á esas demostraciones absurdas y locas corresponden formas ceremoniosas y de religiosa majestad. Los oficiales ingleses, después de la guerra de España (1705), brindan mutuamente en unos términos que no tienen semejanza en ninguna otra parte de las

¹ En Canterbury, por ejemplo, en 1903.

² W. Bagshot, *Constitution Anglaise*, p. 300.

³ André Chevrillon, *Revue de Paris*, 15 Septiembre 1900, p. 360.

sociedades humanas: *Our men! Our women! Our swords! Our religion!* ¡Nuestros hombres! ¡Nuestras mujeres! ¡Nuestras espadas! ¡Nuestra religión! Puede decirse que, en la aristocracia inglesa, el noble llega sencillamente á no ver el mundo más que á través de la ilusión de su propia grandeza ¹, y esto sin tomarse la molestia de reflexionar, por el sólo efecto de una rutina bien rimada y de pala-



Cl. J. Kuhn, edit.

ESCENA DEL PAÍS DE LOS BOERS

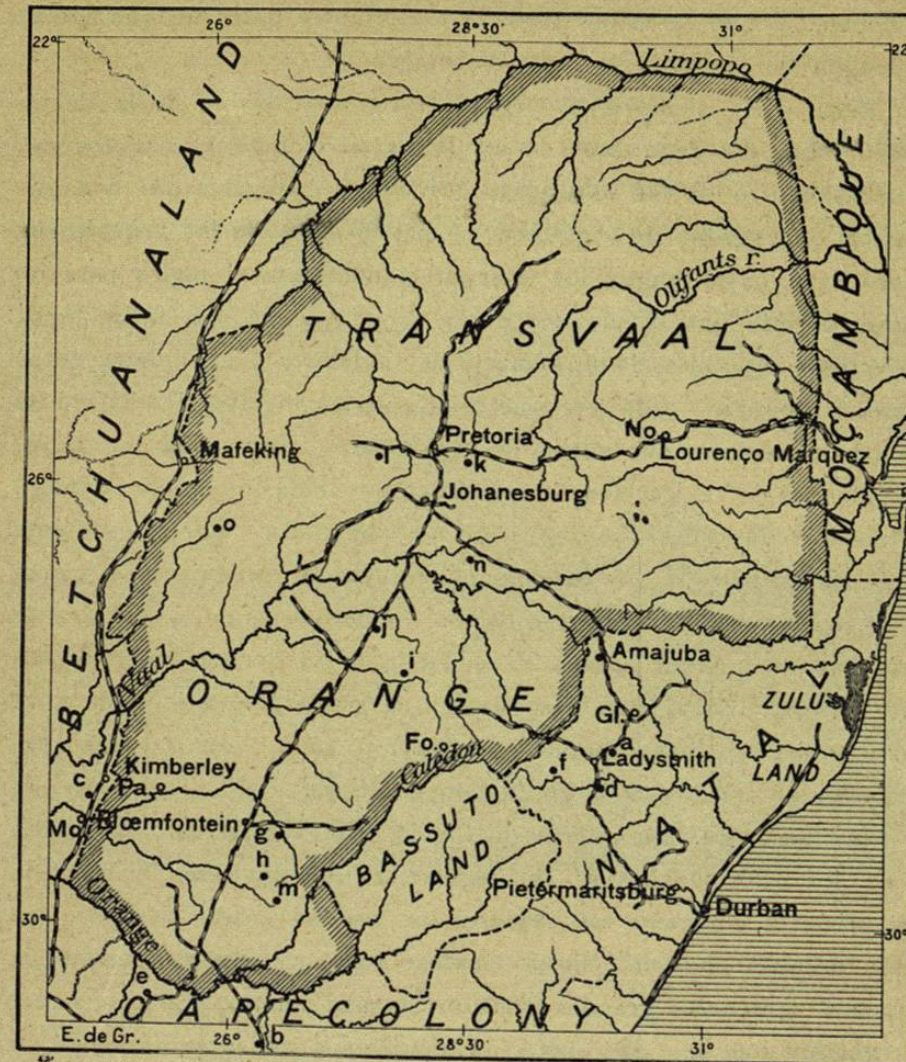
bras sacramentales solemnemente repetidas en la familia, en la escuela, en la iglesia, por las madres y los ancianos de cabellos blancos; el joven llega á caminar resueltamente con toda certidumbre de tener razón, con una seguridad perfecta, hasta cuando comete actos universalmente reprobados por la conciencia pública: realiza su obra, buena ó mala, con un sentimiento de orgullo que en él se con-

¹ André Chevrillon, *Revue de Paris*, 5 Septiembre 1900, p. 375 y siguientes.

funde con la idea del deber. Es natural que los Ingleses excedan á la mayoría de los otros pueblos en orgullo nacional. El medio inmediato — que es el que ejerce siempre mayor influencia, según la ley que exige que la atracción sea inversamente proporcional al cuadrado de la distancia — les induce á creerse superiores á los demás hombres; tiene su isla por morada, el rico palacio que rodean y que defienden las olas del mar y sus innumerables barcos, las «murallas de madera» de reminiscencia clásica; la soberbia ciudadela, desde hace siglos, viene siendo frecuentemente amenazada, pero jamás ha sido mancillada por la planta del enemigo. ¡Qué regocijo suscita la suerte que tuvo la «Armada Invencible!»; ¿No tienen, además, el recuerdo de sus victorias, sobre todo el de las alcanzadas sobre sus más próximos vecinos, los Franceses? ¡Cuántas batallas felices durante la transcurrida serie de siglos! «Crécy, Poitiers, Azincourt, Ramillies, Malplaquet, Trafalgar, Waterloo!» Lista peligrosa para enseñar á los niños, porque cuando llegan á ser hombres creen que la guerra es la victoria siempre, y la victoria en país extranjero, sin que se arruine una cabaña inglesa, sin derribar siquiera un cercado inglés¹. Después la adquisición gradual del imperio colonial, de tal modo formidable en el día, que su población es diez veces mayor que la del país dominador, ha hecho penetrar poco á poco en la mente de los Ingleses la idea de que tarde ó temprano absorberán el mundo entero. A su orgullo tranquilo de insulares super-humanos, se junta la conciencia de la dominación mundial, el «imperialismo», del que el fastuoso Disraeli, consagrando á la reina Victoria emperatriz de las Indias, fué el gran protagonista. Las fiestas del «jubileo», celebrando, en Junio de 1897, los sesenta años del dichoso reinado, fueron verdaderamente considerados por la mayoría de los espectadores como una ceremonia á la vez nacional y religiosa, en que la Providencia había intervenido de una manera manifiesta para dar á la reina una larga vida triunfante y asegurarle la preeminencia entre los soberanos! Hasta se imaginó que la república americana, con sus ochenta millones de habitantes, de quienes una costumbre de lenguaje hace

¹ Paul Mantoux, *Pages libres*, 22 Marzo 1902, p. 255.

N.º 521. Teatro de la guerra de los Boers.



Este mapa está á la escala de 1 á 7.500.000. — Los puntos abiertos indican victorias inglesas, los puntos cerrados derrotas inglesas. El sitio de algunos puntos (Nital's neck, Vlakfontein, Tweebosch) no es muy seguro.

1899, 20 Octubre, victoria de Glencoe (Gl.); 1.º Noviembre, descalabro de Nicholson's neck (a); 28 Noviembre, victoria de Modderriver (Mod.); 10 Diciembre, derrota de Stormberg (b); 11 Diciembre, derrota de Magersfontein (c); 15 Diciembre, derrota de Colenso (d); 31 Diciembre, derrota de Colesberg (e). — 1900, 24 Enero, abandono de Spion kop (f); 15 Febrero, liberación de Kimberley; 27 Febrero, victoria de Paardeberg (Pa.); 28 Febrero, liberación de Ladysmith; 31 Marzo, descalabro de Sannah's port (g); 12 Marzo, entrada en Bloemfontein; 4 Abril, descalabro de Reddersberg (h); 17 Mayo, liberación de Mafeking; 30 Mayo, descalabro de Lindley (i); 5 Junio, entrada en Pretoria; 7 Junio, descalabro de Roodeval (j); 11 Julio, descalabro de Nital's neck (k); 21 Julio, victoria de Fouriesburg (Fo); 28 Agosto, victoria de Nooitgedacht (No); 13 Diciembre, descalabro de Magaliesberg (l); 29 Diciembre, pérdida de Helvetia (m). — 1901, 29 Mayo, descalabro de Vlakfontein (n). — 1902, 7 Marzo, descalabro de Tweebosch (o); 31 Mayo, firma de la paz en Pretoria.

otros tantos «Anglo-Sajones», se asociaba espontáneamente al gran homenaje, y que la unión quedaba hecha entre todos los que hablan la lengua de Wellington y de Washington.

Pero, como siempre, el orgullo marchaba delante de la devastación. Las dos repúblicas de los Boers, el Orange y el Transvaal, situadas dentro de las posesiones británicas, habitadas por una población que recibía de Inglaterra la mayor parte de los artículos de consumo y cuya lengua iba desapareciendo ante el inglés para no conservar más que el carácter oficial, ¿por qué no habían de reconocer esas repúblicas la supremacía de Inglaterra y englobarse en su inmenso dominio, toda vez que los capitales ingleses les hacían el honor de explotar sus minas de oro y de edificar sobre sus pozos y galerías de extracción la ciudad espléndida de Johannesburg? Faltas incontestables, una invasión en plena paz, una escandalosa injusticia perpetrada por los tribunales ingleses, produjeron el efecto de exasperar el ardor guerrero de los «imperialistas de la más grande Bretaña», á quienes pesaba el recuerdo de la derrota de Amajuba (27 Febrero 1881), que puso fin á una guerra de dos meses y no tuvieron reposo hasta después de haber forzado á los Boers á presentarles un ultimatum largo tiempo esperado.

Sin embargo, esa guerra no fué lo que se creía en los salones y en los cafés-conciertos; fué algo más que un paseo militar. Á los primeros cincuenta mil Ingleses fué preciso añadir cincuenta mil más, después cien mil, hasta emplear todo el ejército disponible, enviar á centenares grandes transportes, más municiones, provisiones y caballos que los que jamás se expidieron en ningún tiempo, y eso hasta fué nueva causa de alegría y de orgullo: ¡jamás pueblo alguno pudo trasladar de un hemisferio á otro tantos hombres y tanto material con tales flotas y al precio de tantos millones de millones! Verdad es que semejante esfuerzo no fué intentado jamás; pero no lo fué impunemente. La más rica de las naciones pudo aventurarse á tan formidables dispendios, pero fué á costa de abandonar todos los demás asuntos, para dedicarse únicamente á vencer una resistencia verdaderamente maravillosa, que, según la palabra histórica del personaje más importante entre los Boers, había de «admirar al mundo». Y ocurrió que durante esos años de lucha y

de ansiedad tuvieron lugar grandes acontecimientos — especialmente la guerra de China —, generadores de otros acontecimientos considerables que los hombres de Estado habrían previsto é influido previamente en la dirección de sus intereses nacionales. En tal caso, Inglaterra, desprevenida, no pudo hacer, sino que dejó pasar, una después de otra, las ocasiones de pronunciar una palabra decisiva, y esa abstención forzada ha tenido por resultado inevitable privar



Cl. Champagne.

EL PUENTE DEL FORTH VISTO DESDE EL SUDESTE

La separación de eje en eje de los tres pilares metálicos, el medio de los cuales reposa sobre un islote rocoso, es de 598 metros; con los viaductos de aproximación, la longitud del puente alcanza 2,400 metros.

á la Gran Bretaña de su prestigio, potencia moral que no es nada en sí, pero que hace más que doblar la verdadera potencia. ¡Cuántas veces, aun sin batalla, la gloriosa fama ha bastado para alcanzar la victoria!

Otros signos precursores, aun en la misma Gran Bretaña, mostraron á los patriotas más obtusos y más tenaces que la hegemonía del mundo se le ha escapado á su gobierno, y que ahora se trata de procurar que la nación no sea distanciada por alguna rival. No hace muchos años era una especie de axioma entre los economistas que la isla inglesa debía poseer la primacía industrial, porque sus